

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 61.—BARCELONA 29 DE JULIO DE 1915



Ejercicios de tiro de los jóvenes suizos

## SI VENCIERA ALEMANIA...

### II.—El porvenir de Francia

Los franceses pudieron llegar a la paz en diciembre de 1914 en condiciones honrosísimas, sin quebrantos territoriales ni económicos; a lo sumo, la cesión de algunas colonias. Todavía, en febrero y marzo, se les presentó otra oportunidad para salir de la contienda con poco perjuicio; ahora ya es tarde para recuperar el tiempo perdido. La lucha está entablada a fondo, y Francia o Alemania habrán de someterse alternativamente a la inexorable ley del vencedor.

Suponiendo que la victoria corresponda a Alemania y sea completa, el vencedor ha aprendido a su costa: 1.º que la posesión de Bélgica correrá continuos peligros y será precaria, mientras continúen las fronteras actuales de Francia, y Calais y Dunquerque estén a merced de Inglaterra; 2.º que las minas y establecimientos metalúrgicos del N. O. de Francia son de una importancia excepcional, 3.º que la plaza de Verdun es una amenaza perenne contra la anexión de Bélgica.

De consiguiente, Alemania no se limita a desear la ocupación de Bélgica y su incorporación al Imperio, como base de un futuro reino o ducado que for-

me parte de la confederación, sino que ha de ponerse en el caso de cubrirlo contra cualquier ataque por sorpresa, y ello requiere una rectificación de la frontera del N. E. de Francia, pasando Verdun a poder de Alemania. Por otra parte, para contener en lo sucesivo a Inglaterra y tenerla siempre a raya, Dunquerque y Calais han de quedar bajo el dominio alemán. En resolución, la frontera francesa del Norte se habrá de correr hacia el S., perdiendo Francia, además de los dos puertos del Canal y Verdun, la plaza de Lille. Entre esta población y Arras se desarrollará la nueva frontera, continuando francesas Soissons y Reims.

La Alsacia se ha demostrado que no corre peligro serio, a pesar de no contar con plazas fuertes cerca de la frontera. Deseando los alemanes perjudicar lo menos posible a Francia, es posible que lo más que exijan es el correr un poco al O. la frontera, para que todos los Vosgos queden en territorio alemán. Belfort será francés.

Las amputaciones más dolorosas tendrán lugar en las colonias. Las que están muy alejadas, en Asia, Oceanía y África del S., no son un patrimonio se-



guro, ni con el que se pueda contar siempre. Si hoy han quedado a merced de Inglaterra, mañana acaso sean presas fáciles de los Estados Unidos, Japón u otra cualquiera potencia marítima. Sin perjuicio de establecer factorías en donde buenamente les sea posible, fundarán los alemanes su poderío colonial en las posesiones francesas del N. y N. O. de África. Dejarán una parte de ellas, Marruecos tal vez, quizás Orán, a los franceses, y se apoderarán del resto, dividiéndolo con los austriacos; claro es que en este reparto entrarán Trípoli y la Cirenaica. Es posible asimismo que promuevan la intervención en el litoral de África de otras naciones, para evitar que predomine demasiado un solo país; cuantos más intereses se hallen en pugna y en más número sean los Estados que tengan allí colonias, tanto más fácil será poner coto a las altanerías y ambiciones de cada uno de ellos. El reparto de África será una de las materias más difíciles que habrán de resolverse en el congreso de la paz, y en ella tendrán que intervenir ciertos neutrales, además de los beligerantes. Pero el Mediterráneo dejará de ser un lago latino dominado de hecho por los anglo-sajones, y nuevos pueblos se asomarán a aquel mar desde el litoral africano. Esto redundará en ventaja para nosotros, que habremos cesado de tener el mismo vecino en el N. y el S., y nos será dado respirar con mayor libertad y apoyarnos en quien convenga, según aconsejen las circunstancias.

Por estos medios, Alemania, sobre laborar en beneficio propio y mejorar su posición para el caso de una nueva guerra, tenderá a separar a Francia de Inglaterra, haciendo antagónicos los intereses de una y otra y privando a la segunda de su situación preeminente—como se dirá en otro artículo—, para que el occidente de Europa no caiga en la tentación de apoyarse en quien apenas podrá prestar ya ninguna ayuda.

Se respetarán las posesiones francesas de Asia, y aun es posible que se extiendan, para compensar a la república de las pérdidas en Europa y África.

Si a esto se agrega una indemnización de guerra y la imposición de un tratado de comercio, los daños causados a Francia habrán sido gravísimos y muy superiores a los del desastre del año 70-71. Pero no pararán ahí las modificaciones territoriales, porque se darán al vencido ventajas en otros lugares.

No conviene en modo alguno a Alemania que en Francia continúe alentando, más vivo aún que antes, el deseo del desquite, y que al oeste del Imperio se agite una nación perpétua e irreconciliablemente enemiga a muerte. Hay que poner término a este estado de cosas. Ningún enemigo es despreciable, por pequeño que sea, y mucho menos Francia, que ni puede morir ni dejar de ser un gran pueblo, hágase lo que se haga contra ella. Los sacrificios relatados van dirigidos contra la Gran Bretaña en primer término, pero al fin y al cabo será Francia quien los tendrá que soportar; ello impone la necesidad de darle amplias compensaciones.

No se concibe la derrota de Francia, sin el vencimiento total y definitivo de Italia. Los descendientes directos de la antigua y poderosa Roma no han demostrado hallarse a la altura de las otras cinco grandes Potencias; son un peligro constante para sus vecinos, llámense austriacos o franceses, y su envidiable situación en el centro del Mediterráneo

sería un semillero de intranquilidades y zozobras para las naciones, y serán muchas, establecidas en el litoral del mar interior.

Suiza avanzará hacia el S., y tal vez un poco hacia el O.; pero Francia correrá su frontera por la Lombardía hasta lindar con Austria; el puerto de Génova será francés, y la extensión territorial que ocupa Francia en Europa será en lo porvenir igual o mayor todavía que ahora. Con esto y su expansión en África, el poderío de Francia, en conjunto, no experimentará variación sensible; pero se habrá conseguido diseminar y alejar sus intereses, hacerlos más frágiles; las consecuencias se advierten desde luego: orientar hacia regiones remotas la actividad francesa y encender en los gobernantes y el pueblo de la república un sincero deseo de paz, libre de ideas de desquite y de intromisiones en los negocios de los vecinos, porque el día que se turbe la paz se desmoronará el poderío colonial francés y la derrota en Europa será rápida y completa.

Volvemos a repetirlo. ¿Son sueños o delirios estas ideas? Nadie osará negar su fundamento. Que se traduzcan o no en actos positivos y reales, depende solamente de la extensión de la victoria que alcance Alemania. Y cónstele al lector que, si la guerra da tiempo, habremos de presentarle el cuadro del porvenir de Alemania, Austria-Hungría y Turquía, en la hipótesis de que sean los aliados quienes ciñan los laureles del triunfo.

## COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

Saint Quentin. — Servicio de etapas. — Los talleres de reparación del material de guerra

### VI

La tarde está demasiado calurosa, cual si estuviéramos en pleno verano; sudando, con las cabezas descubiertas y abanicándonos con los sombreros nos dirigimos a los diferentes talleres e instalaciones en que están concentrados los servicios inmediatos necesarios al segundo ejército.

Todos estos variadísimos servicios, que se reúnen bajo el nombre común de *servicio de etapas* o de *retaguardia*, son de la mayor importancia técnica. Para quienes no estén iniciados en las cosas militares, serían nuestras descripciones un tanto oscuras, si no adelantamos algunas explicaciones previas.

En efecto, desde los tiempos más antiguos ha formado una de las tareas más difíciles de los jefes de ejércitos todo cuanto se refiere al cuidado y abastecimiento de sus tropas. Sólo que en la antigüedad y toda la edad media, en que predominaba el principio de que «la guerra vive de la guerra», los ejércitos veíanse precisados a nutrirse de los medios proporcionados por los territorios en que la guerra misma se desarrollaba y, por lo general, estaban reducidos a ellos; en los *cuarteles de invierno* arreglaban y reparaban los útiles de combate y fabricaban reemplazo para los destruidos. Desde el siglo XVIII y muy especialmente en la guerra actual, en que las masas de ejército han crecido de manera prodigiosa, hácese necesario recurrir, además, a productos de otra procedencia. También los medios de combate y



la duración de las operaciones ininterrumpidas requieren un aprovisionamiento de municiones y armas mucho más continuado y activo.

En la actualidad los servicios de etapas se componen de los siguientes: alimentación y vestuario de las tropas combatientes, así como de las empleadas en la retaguardia; aprovisionamiento de municiones y armamento; administración y servicio sanitario; mantenimiento en servicio de las líneas telegráficas; construcción y entretenimiento de vías de comunicación; tren de etapas y administración civil de los territorios invadidos. Cada uno de estos servicios, que existen, con ligeras variaciones, en todos los ejércitos, lo tiene a su cargo un jefe, — cuyo nombre varía con el servicio, — bajo las órdenes de un inspector (que en Alemania lleva grado de general), con su Estado Mayor y las tropas necesarias pertenecientes, en su mayor parte, al Landsturm (reserva) que protegen la retaguardia de los combatientes contra cualquiera empresa del enemigo.

Cada uno de estos servicios es en el ejército alemán un modelo de organización.

Dada la magnitud de un ejército moderno, sería imposible hacer depender todos los servicios de etapas de un centro común. Por tanto, se dividen en circunscripciones organizadas cada una de la manera anteriormente señalada, que llenan su tarea independientemente, dentro de las prescripciones generales del Cuartel General.

Cada circunscripción comprende el abastecimiento de un número dado de cuerpos de ejército, variable según las circunstancias territoriales de cada caso. Inmediatamente detrás del frente, está una *cabeza de etapas*, desde la cual se distribuyen las provisiones, etc., entre las tropas en acción. Esta cabeza de etapas puede ser móvil ó fija, cuidando siempre de seguir las operaciones en campaña lo más cerca posible, lo cual facilita la distribución. Saint Quentin es una cabeza de etapas fija, puesto que el frente casi no se mueve en largos lapsos de tiempo. Háse aprovechado cuanto en la ciudad existía propio para la instalación de cuantos talleres se hacen precisos. Es una obra monumental, en la cual descuella portentoso el orden alemán.

Para empezar nuestro recorrido, visitamos los talleres provisionales destinados a la reparación de armamento y utensilios de guerra, que no requieren una reparación esencial, sólo efectuable en las grandes fábricas de Alemania. De las fábricas de la ciudad se han tomado útiles y maquinaria y, de los trabajadores franceses, los operarios indispensables. Estos ganan, según la naturaleza del trabajo, 30, 60 y hasta 80 céntimos por hora.

Una que fué un tiempo fábrica de automóviles, está transformada en taller donde se reparan ametralladoras y fusiles. Un número considerable de estas máquinas de guerra yacen aquí y allá, rodeadas de obreros que les agregan piezas caídas, les corrigen otras dobladas o descompuestas, les completan las quebradas, les arreglan éste y aquel desperfecto. Es un golpear de martillos, un soplar de fuelles, un ir y venir de gentes en precipitados movimientos, un dar de órdenes y recomendaciones de atención y cuidado ante los hierros al rojo, centelleantes al caer de los martillos, una vida agitada, en fin. Aquí recibe una ametralladora una nueva mira. Allí, sobre

una fila de yunques, se enderezan los cañones que salen del hogar encendidos al rojo blanco. Acullá, en una tranquilidad contrastante con la intemperstividad de movimientos del herrero, dos operarios arman un mecanismo de explosión o de dar fuego que acaban de reducir a condiciones de poderse usar. Más allá observan varios ingenieros técnicos la pieza rota que acaba de llegar; es el manguito o depósito refrigerador, que ha hecho estallar el vapor producido por el agua de refrigeración, llevada a un extraordinario grado de temperatura por el funcionar de la ametralladora y el descuido del sirviente de la máquina.

Enseguida un taller especial destinado a la reparación de ruedas de cañones. En tanto que unos colocan nuevas llantas, reemplazan otros los rayos caídos o quebrados y no raramente los segmentos arrastrados por las granadas certeras del enemigo.

En otro taller considerable, en que en no remotos tiempos se efectuaban los trabajos suntuosos de una carrocería, se reparan hoy carros de municiones y otros del parque de artillería, así como la diversidad de piezas de artillería que por la ligereza de sus desperfectos no es menester llevar hasta Essen, Spandau o Düsseldorf. El capitán que nos guía nos llama la atención sobre un carro de municiones que recibió una granada en su mitad sin causarle mayores desperfectos. Atravesó ésta el escudo de la pieza, dirigiéndose por entre los asientos de los sirvientes hasta el cofre de las municiones, el cual atravesó completamente por su centro sin tocar, sin embargo, las granadas en él depositadas. «Los sirvientes— agrega, sonriendo ante la idea de un caso tan raro cuanto admirable—quedaron ilesos, y hoy sirven en otro carro, en el cual tal vez no tendrán tan buena suerte».

Véanse allí mismo varios obuses de campaña, de 10 y 12 cm., los unos en reparación, los más ya listos a salir al campo a vomitar sus mortíferos proyectiles. Otro, modelo 1909, de 15 cm. ostenta su inscripción «Ultima Regis ratio» y una muñonera menos. Dos mecánicos se ocupan en substituir la última con una nueva, sin comprender el significado de aquella.

En el mismo edificio se preparan y ponen en estado útil los alambres con púas que ya han servido y volverán pronto a servir de obstáculo a los avances de la infantería enemiga. Muchos obreros aguzan estacas para clavar en los «pozos de lobo».

Pero, entre todos, trabajan con mayor ahinco los talleres de sastrería y zapatería, a los cuales está unido el de talabartería. Su trabajo no ofrece interés especial para el observador. Muy al contrario para los comandantes de etapas. A ellos dedican una atención cuidadosa en extremo, pues que de sus productos, presentados a tiempo, depende la salud de los soldados, indispensable, hasta en sus más insignificantes detalles, para la facilidad y rapidez de movimientos, no menos que para la fuerza en los ataques y la resistencia en los combates.

Pasamos luego a los talleres de dibujo, sin poder ver de ellos más que el conjunto. Observar los croquis y diseños nos está estrictamente prohibido. De éstos sólo pueden imponerse muy contados oficiales, para impedir toda clase de indiscreciones, que pongan en peligro el secreto de las operaciones.



Los autos, que hasta aquí no nos han abandonado, siguiendo nuestros pasos por la calle, vuelven a ponerse en marcha. Subimos a ellos y nos dirigimos a echar un vistazo por los almacenes del servicio de avituallamiento.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

### CÓMO LOS AVIONES COMUNICAN CON TIERRA

Leyendo las noticias que se refieren a nuestros aviadores y en las que se describen los cometidos que ejecutan en campaña, se adquiere el convencimiento que la principal utilidad de los aviones no estriba, como creen muchos, en arrojar bombas o en combatir con los aeroplanos enemigos, sino en las labores de reconocimiento y exploración. Este servicio es un auxiliar irremplazable de la observación para la artillería, porque se dirige el tiro de las piezas según las noticias que transmite el aeroplano. A menudo la artillería enemiga se encuentra en posiciones cubiertas invisibles, y la observación para corregir nuestro tiro se hace imposible; entonces, el avión se remonta sobre la posición del adversario, y avisa si el tiro ha sido corto o largo, si ha ido a la derecha o a la izquierda del objetivo, con lo cual, el comandante de la batería puede dar las órdenes oportunas a sus piezas. La resolución de este interesante problema requiere que el avión pueda comunicar con tierra. El aviador ha de poder relacionarse con el jefe de la batería, para darle a conocer sus observaciones. También en los servicios de exploración y reconocimiento ese enlace es de la mayor importancia, pues de lo contrario ha de esperarse, para saber lo que ocurre, que regrese el aeroplano. De aquí que se hayan efectuado numerosos estudios y ensayos, encaminados a encontrar un método seguro y práctico de relación entre el aviador y tierra.

La telegrafía y telefonía con conductores, adecuados para su empleo con los globos cautivos, claro es que son inaplicables en los aviones. También la radiotelegrafía, que es el sistema ideal para este caso, es inadecuada, por lo menos en la práctica, por lo difícil que es colocar las antenas y el porta-antenas. Un alambre colgante, que es la forma más elemental de la antena, es para el avión un gran peligro, muchas veces, aunque haya medios de cortar o desprenderse automáticamente del alambre. Si se utilizan los tirantes de las alas como antenas, que es un recurso que se ocurre, es menester metalizar las alas y servirse de los biplanos, siendo de todos modos tan mezquino el lugar que queda disponible para la estación, que habría que recurrir a disposiciones caras y difíciles. Las señales acústicas, bocinas, silbatos, etc., son de escasa utilidad, por las pequeñas distancias a que resultan perceptibles. Las señales ópticas han dado mejores frutos, por lo que el sistema actual de enlace se funda en los recursos de la óptica.

La célebre bala roja, que en la práctica es una bomba que emite señales rojas, la cual, según los periódicos, emplean nuestros aviadores para indicar las posiciones enemigas, es una señal óptica. Por tan sencillo medio cabe transmitir noticias, haciendo señales convenidas de antemano. Pero cuando hay

que noticiar casos muy diversos, ha de recurrirse a otros métodos. Los aviadores franceses se sirven de nubecillas de humo o polvo negro. Hace unos dos años, James Mean, de Boston, ideó el sistema siguiente: al cuerpo del aeroplano va fijo un depósito, de 20 litros de cabida, lleno de polvo negro, A (figura 1.<sup>a</sup>), debajo del cual corre el tubo de escape, B, del motor, en el cual desemboca. Entre este tubo y el depósito hay un muelle, C, que mantiene cerrado el aparato. Si se tira del alambre G, cuyo extremo tienen el aviador o el observador, cede el resorte y se abre el depósito;

se deja caer una cierta cantidad de polvo, que es eliminado por el tubo de escape, y detrás del aeroplano aparece una nubecilla negra. Se gradúa a voluntad la cantidad de polvo que sale, porque basta aflojar la tensión que con la mano se ejer-

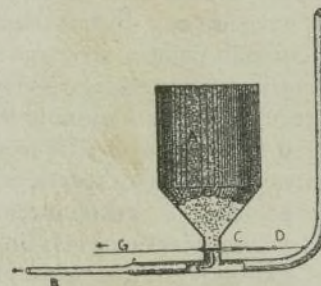


Figura 1

ce sobre el alambre, para que el resorte D entre en funciones y cierre el depósito. Es posible emitir nubecillas pequeñas y grandes, las cuales se asimilan al sistema Morse, que representa las letras del alfabeto por combinaciones de rayas y puntos. Como es muy rápida la marcha del aeroplano, van quedando detrás de él nubecillas pequeñas y grandes—puntos y rayas—, y se transmiten despachos, en lenguaje corriente o cifrado, que quedan escritos en la atmósfera y se pueden traducir desde tierra. Hubo dudas acerca de la claridad de estas señales y sobre si permanecerían el tiempo suficiente en el aire para ser leídas. Hicieronse repetidos ensayos, que terminaron satisfactoriamente, en Francia, el año pasado. Las señales se destacan con toda claridad a 10 kilómetros de distancia, y aunque el viento sea fuerte tardan más de dos minutos en disiparse, permaneciendo flotantes todavía cuando el aeroplano ha desaparecido en el horizonte. El ministerio francés de la guerra compró cierto número de estos aparatos y dispuso recibiesen la adecuada enseñanza los aviadores militares. Informes posteriores dan a conocer que este sistema ha dado buenos resultados en la práctica. Una de sus principales ventajas es que el enemigo no puede perturbar la transmisión, mientras el avión esté en el aire, ventaja de que no goza la radiotelegrafía. Entre sus inconvenientes, se han de mencionar el ser de imposible empleo durante la noche y que sólo se presta a transmitir despachos desde el avión a tierra, pero no desde ésta a aquél.

Al parecer, nosotros no hemos utilizado el sistema Mean. El método de que nos servimos es el del profesor Donath, un físico alemán, fundado en los destellos de un espejo y que es el mejor medio para el enlace recíproco entre el avión y tierra. Este aparato viene a ser un pequeño proyector que emite destellos, largos y cortos. De reflector luminoso sirve un espejo parabólico colocado en el foco del haz, constituido por una lámpara Osram, cuyo sistema luminoso se pone, gracias a una corriente, a una temperatura elevadísima (2800°). En esto reside el principio del aparato—a medida que se eleva la tem-



peratura aumenta rápidamente la intensidad del foco luminoso—, puesto que a pesar de la pequeñez del aparato da unas 10,000 bujías. La fortísima carga a que se somete el hilo incandescente lo deteriora pronto, de suerte que la lámpara sólo tiene duración para 40 o 50 horas. Esto basta, porque en ese tiempo se pueden transmitir muchos miles de señales, y como una mayor duración no resolvería el problema práctico, la circunstancia referida no llega a ser defecto. Cuando el alambre se funde, se cambia la lámpara, y a este efecto se llevan lámparas de reserva en el avión.

La corriente necesaria para el funcionamiento de la lámpara proviene de una batería de siete elementos, la cual—obra maestra en su género y estudiada especialmente para este objeto—sólo pesa, con su caja de metal, cuatro kilogramos, por lo que puede llevarse, como indica la figura 2, colgada en un estuche. Muy digno de mencionarse es que la batería, a pesar de tener aberturas para el escape de los gases, puede aplicarse a la cabeza sin temor de que se derrame una sola gota de ácido. Todos los contactos están protegidos por un sistema especial, y son imposibles las explosiones. El aparato de señales, con

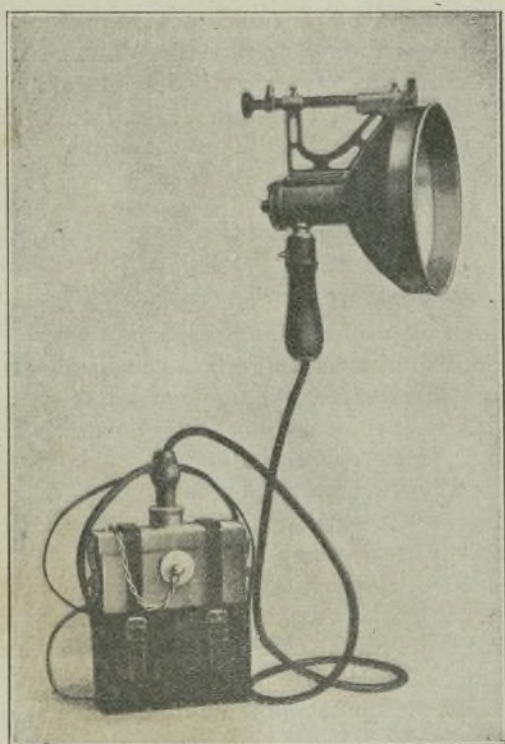


Figura 2

el cable de conexión a la batería, no pesa más que un kilogramo; el peso total es, pues, tan pequeño, que no se hace sensible en el aeroplano.

Cuando ha de transmitirse un despacho, lo primero es descubrir la situación de la estación que da la señal, lo cual se consigue valiéndose de un anteojo de largo alcance montado sobre el espejo (fig. 4), que se aplica al ojo. Este anteojo es necesario porque

la amplitud de los destellos que emite el espejo sólo es de 2 a 3°. Se oprime entonces un botón que está relacionado con una palanca, y la lámpara se enciende, pudiéndose emitir destellos largos o cortos,

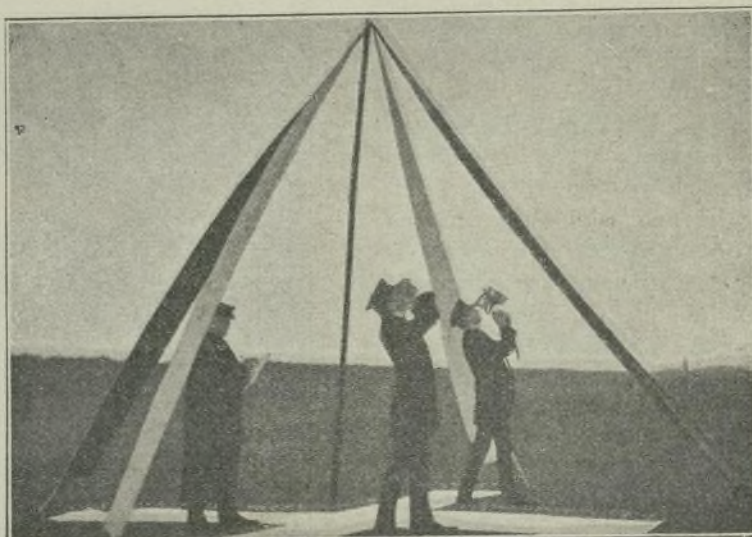


Figura 4

a voluntad. Se sigue, pues, el sistema Morse, señalando letras que componen palabras, y se puede mantener conversación con tierra. No hay que decir que no existe la menor dificultad para transmitir un despacho desde tierra al aviador, bastando para ello que la estación de tierra sea fácil de reconocer y distinguir desde el aire; el aviador, con ayuda de su anteojo, busca la estación y recibe el despacho (figura 5).

La eficacia del aparato fué comprobada en numerosas pruebas efectuadas en el campo de aviación del valle de Johan. Se demostró entonces, que el espejo no sólo emitía señales visibles de noche y en tiempo obscuro, sino también en pleno día y cuando más brilla el sol. Este hecho, sorprendente al parecer, se explica, porque la temperatura de la lámpara es casi tan elevada como la del sol, de suerte que los detalles parecen provenir de un sol de pequeño tamaño, en extremo brillante. Cuando el aparato está casi junto al disco aparente del sol, sus destellos se ven a simple vista a 8 kilómetros de distancia. De noche, y con el empleo de un buen cristal, se perciben a 16 kilómetros. La ventaja de su empleo nocturno es muy digna de ser tenida en cuenta.

Desde los aviones, no sólo han de transmitirse noticias, sino enviarse bosquejos y dibujos de las posiciones enemigas, del terreno sobre el cual se vuela, etc.; para ésto no sirven las señales ópticas. Con el expresado objeto, antes se dejaban caer desde el aeroplano los documentos, pero ahora se usan sistemas más perfectos. No consisten ya en una cajita o tubo en que se encerraba el documento, porque de noche, durante el mal tiempo, y a veces también en condiciones favorables, era difícil darse cuenta del punto de caída y encontrar el objeto arrojado. Hoy se emplean aparatos especiales, que por sí mismos indican el lugar de su caída, llevan una mecha que se inflama al chocar con la tierra, y se hace visible a 100 metros de distancia, lo mismo de día que de noche, cualquiera que sea el terreno.



El aparato referido se asemeja exteriormente a un proyectil (figura 3). Se compone de un cilindro hueco T, con punta, O, y cabeza, D. En el espacio interior se encierra el parte o documento que ha de enviarse a tierra. La cabeza D, que protege una especie de mecha, tiene la forma de pequeña linterna, con cuatro ventanitas, para que la llama no se extinga. La punta O está lastrada con plomo, para que siempre el aparato caiga de punta. Atravesando el plomo, se encuentra un punzón, H, en conexión con la palanca S, que mantiene tenso el muelle R. Cuando el aparato tropieza en tierra, el punzón H mueve la palanca S, se suelta el muelle R, y la varilla *n* choca contra el cebo *a*, enciende la mecha *x* y arde la mezcla de iluminación, desprendiendo grandes llamas y mucho humo.

El padre Fugairon, un ingeniero francés, ideó el año pasado un aparato de esta clase, con el que se



Figura 3

hicieron ensayos en Brest, pero no se sabe si lo hemos importado. De todos modos, tiene el inconveniente de que el aviador ha de efectuar un vuelo de retorno para indagar dónde están sus tropas. Sólo las señales ópticas dan resultados completamente satisfactorios, aunque habrá que recurrir a las «bombas-correos» cuando haya de dejarse caer algún dibujo, por ser el único medio de que en la actualidad puede disponerse.

HANS GÜNTHER

(De *Der Krieg*).

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Consolatrix afflictorum

(El señor A).—No sé por qué dice V., don Subrio, que los franceses no serán capaces de derrotar a los alemanes. ¿Dónde me deja V. la batalla del Marne?

—Donde quedó y donde continúa: en la línea del Aisne.

(El señor B).—¿Esperaba V. la contraofensiva de los rusos, don Subrio?

—No me ha sorprendido: los rusos siempre llevan la contraria; ¿que los aliados desean que marchen a Berlín y Buda Pesth? Pues ellos a Varsovia y Kovno; ¿que los alemanes atacan y avanzan? Ellos avanzan también, de espaldas, siempre lo contrario de lo que quieren unos y otros. Es natural, por consiguiente, que a la ofensiva germana respondan con la contra-ofensiva, es decir, con la retirada.

(El señor B).—Bromas aparte, reconocerá V. conmigo que es aquel un ejército admirable.

—Sí, señor; el único digno de medirse con los alemanes.

(El señor A).—¡Ah! ¡Si los rusos hubieran ganado otra batalla del Marne!

—Tendrían invadidas once provincias, como los franceses.

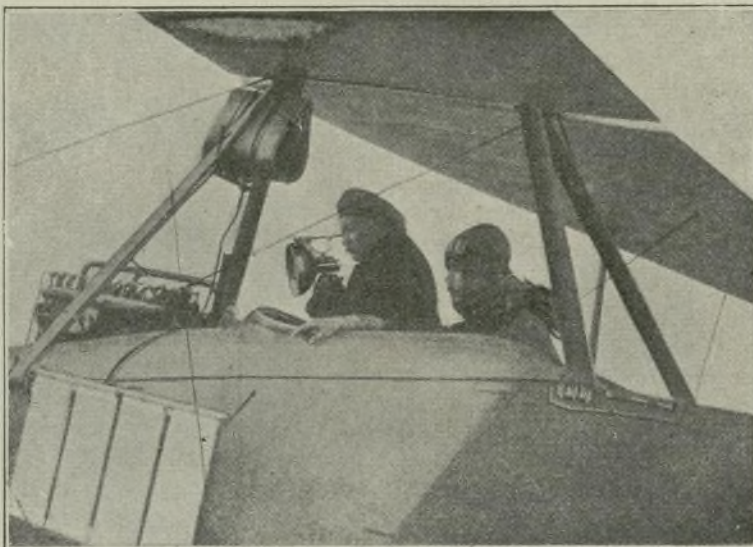


Figura 5

—(El señor A).—No entiende V. en achaques de estrategia; el terreno conquistado es lo de menos; lo esencial es destruir el ejército enemigo. Y en la batalla del Marne, si no hubiese sido por las reservas alemanas y las fortificaciones del Aisne...

—Que es lo mismo que decir que si no hubiera habido alemanes, Francia les habría vencido. Si no fuera, si no fuera... ¿aún no sabe V. que eso es el comodín de todos los generales desgraciados?

(El señor A).—¡No lo dirá V. por Joffre! ¡El glorioso caudillo que derrotó a los alemanes en el Marne!

—¡Sí! El mismo que fué vencido en siete batallas anteriores y dejó abiertas las puertas de Francia al invasor.

(El señor A).—Pero aquel éxito supera a los que antes obtuvieron los alemanes gracias a su aplastante superioridad numérica. ¡Feliz la nación que cuenta con un general tan eminente y entendido!

—¡Carape! ¡Dios nos libre a los españoles de esta fortuna! ¡Ya me veo a los franceses en la línea del Ebro, o a los ingleses en Sevilla!

(El señor B).—¿Ha leído V., don Subrio, las derrotas de los turcos en el Cáucaso?

—¡Si tan lejos me lo fías! También es empeño el de los rusos, ir a buscar al fin del mundo las victorias, para que sólo se enteren los persas! Por supuesto, lo mismo hacen los ingleses, que cosechan sus laureles en Mesopotamia; el archipiélago de Salomón y Bechualandia. ¿No podrían echar una mano a los italianos, aunque sólo fuese para contener su arrolladora ofensiva que de un momento a otro les va a llevar a Viena? Será una vergüenza para ustedes que los italianos entren en Berlín antes que los ingleses en Constantinopla y los franceses en Metz.

(El señor A).—Mientras los italianos no ganen una batalla como la del Marne...

—Pero, hombre de Dios, para ganarla es menester que antes les invadan los austriacos, o, en términos vulgares, que les calienten las costillas los *tedeschi*.



(El señor A).—¿Le escuece a V. el recuerdo del Marne? ¡Vaya! ¡No disimule V!

—¡Una barbaridad! Con tres batallas del Marne, nos invadirían los franceses. Y déjeme V. en paz, señor A., con ese y todos los ríos de Francia.

(El señor A).—¡Paz! Eso es lo que quisieran los alemanes; pero mientras esté a la cabeza del ejército francés el caudillo insigne que los destruyó en el....

—¡Basta, por caridad, señor A! ¿Le acoso a V. con los títulos de las victorias alemanas? ¿Le restrego por las narices los nombres de los diez mil pueblos que hay desde Maubeuge a Nancy y desde Ostende a Lorena? ¿O es que ahora vamos a desempolvar los recuerdos de Rocroy, la Rochella y Sebastopol?

(El señor B).—Aparte de que en el Marne los ingleses tuvieron una participación de primer orden... de no intervenir ellos...

(El señor A).—¿Negará V. que Joffre fué el director de la batalla?

(El señor B).—No se enfade V., señor A, no niego nada; lo que quería decir es que los ingleses son unos fieles y poderosos aliados.

—Los que no se chupan el dedo son los serbios y montenegrinos; han madrugado más que los italianos, que le están dando vueltas al Isonzo, y han ocupado Durazzo, Scutari y una parte de Albania, y ¡que les entren moscas aliadas! ¿Qué harán los griegos?

(El señor B).—Les hemos bloqueado, es decir, les han bloqueado mis amigos los ingleses...

—¡Es claro! De este modo se protege a los pueblos débiles, impidiendo que nadie les moleste al grito de ¡viva la neutralidad de Bélgica!

(El señor B).—¡Qué quiere V! No han querido ir al vado ni a la puente...

—¿Acaso no es cada pueblo libre de sus acciones?

(El señor B).—Cuando peligran la civilización y los principios que gobiernan al mundo...

—¡Es cierto, lo olvidaba! Estos principios—que son los platos más substanciosos—los guisa y se los come el mismo cocinero; lo malo es que de los postres se ha encargado Alemania.

(El señor A).—Alemania no respira desde la batalla del Marne.

—Yo creía que no respiraba bien por el cansancio que le producían las carreras detrás de los rusos y el rudo trabajo de roturar centenares de kilómetros cuadrados en Francia y la penosa labor de explotar minas y fábricas francesas.

(El señor A).—Peor para ellos; el general que supo ganar la batalla del Marne, sabrá castigarles de nuevo y darles su merecido.

—¡Ah! Pero ¿aún les piensa dar algo más? ¿No se llamarán a engaño sus compatriotas? ¡Mucho Marne y mucho palo, y al café-concert a descansar!

(El señor A).—No tal, porque en los cafés-conciertos y en los teatritos de París se mantiene viva la nota patriótica merced a...

—¿La batalla del Marne? Pues diga V. que ese nombre es una panacea. ¿Qué sería de los franceses sin el Marne? ¿En qué ocuparían sus ocios los poetas no comprendidos, los intelectuales que se llaman así porque no hay otro nombre más honesto que aplicarles, los cantantes y cancionistas, las porteras, comadres y hasta el *bourgeois*. ¡Qué dulce debe de ser

después de leer el relato de las palizas del gran duque o de saber que la conquista de una trinchera—perdida al siguiente día—ha costado diez mil bajas, agarrarse al Marne y repasar aquellas memorables palabras de Joffre: «gracias a la habilísima retirada de von Klück, no pudimos envolver el ala derecha alemana!» O aquellos otros partes del 20 de septiembre, en que se decía que el enemigo se replegaba a Namur y estaba a punto de evacuar Bélgica. Podríamos remedar al personaje de la zarzuela, y cuando nos encontremos tullidos, apaleados y descalabrados, entonar:

¡Oh Marne adorado  
Me hiciste feliz!

(El señor A).—Es V. muy dueño de fantasear a su gusto; pero no conseguirá V. que las cosas dejen de ser como son.

—Lo que me aterra es la explosión de literatura que se prepara para cuando se firme la paz. Aquel espiritismo francés, tierno y delicado (estilo Nana), cogerá por su cuenta al Marne y toda la guerra quedará reducida a este nombre. Lo que se desesperarán las generaciones venideras preguntándose: «si toda aquella campaña se concretó en el Marne, ¿cómo pasó lo que pasó?» Se devanarán los sesos en vano, porque yo no sé si sabe V. lo que van a hacer los alemanes.

(El señor A).—Alguna barbaridad.

—Peor todavía: van a cegar el río y llevar sus aguas por otra parte; no encuentran otro medio de sacarse la espina, y están avergonzados y han perdido el apetito desde entonces.

(El señor A).—Por fortuna la literatura francesa perpetuará aquella gloriosa batalla.

—Y lo que no es literatura también. Un amigo recién llegado de París me ha contado que los profesores de baile están ensayando cuatro nuevas danzas que harán furor en los círculos aristocráticos y en los tabernarios: el primero se titulará «de los suegros», es inglés, y en él sólo tomarán parte hombres jóvenes y vigorosos, que no saben con qué matar sus ocios; el segundo «del Marne», francés, es una especie de sardana, para mujeres nada más, porque hombres no quedarán; el tercero, «del Isonzo», italiano, tiene el ritmo de tarantela y la letra, porque hay letra; reza así:

«Per Dio, per il diavolo, per Baco,  
¡A mal dar, tomar tabaco!»;

y el cuarto es un galop desenfrenado, una especie de ¡sálvese quien pueda!, que se baila con las barbas crecidas, la mirada fosca y gorros de pieles y termina con un remedo del diluvio universal.

(El señor B).—Como muestra de buen humor no está mal; pero dígame V., don Subrio: ¿no inventarán los alemanes otro baile para su país?

—Ciertamente: el de «la penitencia»: las parejas desfilan tristes y afligidas y se dan con cantos en el pecho; con cantos del Marne, por supuesto.

(El señor A).—En lugar de encoraginarme me hace V. reír.

—Me ha contado también el amigo de París, que en la *ville-nuit*, antes *ville-lumière*, van a construir, cuando se acabe la guerra, un arco de triunfo que





En el campamento de Teltow: los prisioneros ingleses comiendo al aire libre, un día de buen tiempo



Columna turca en la península de Gallípoli

Ayuntamiento de Madrid





En el campamento de Teltow: marcha de los prisioneros ingleses al trabajo



Efectos causados por los proyectiles alemanes, en una trinchera evacuada por los franceses



¡ríanse ustedes del de la Estrella!, de mayor altura que la pirámide de Gizeh y cubierto de inscripciones: en el frontispicio dirá: «Batalla del Marne»; en las pilastras figurarán estos nombres: «granja de Beausejour, casa del barquero, hoyo—se omitirá añadir que fué producido por la explosión de una bomba—de le Mesnil, taberna solitaria, cumbre de Hartsmanweiler, azucarería, laberinto, presa del canal», nombres todos ellos propios de un país desierto y sin pueblos, como es Francia; y en el basamento esta conmovedora leyenda: «Catedrales de Reims, Soissons, Arras...», envueltas en gases asfixiantes.

SUBRIO ESCÁPULA

## CON LOS ARTILLEROS RUSOS

(Correspondencia enviada al «Times» por su corresponsal especial en el ejército ruso)

### En la línea del Ravka

Durante la relativa calma en la línea Ravka-Bzura-Pilica, y con el objeto de familiarizarme con la situación, he visitado ciertos importantes salientes del frente ruso y tantos puestos de observación de la artillería como me ha sido posible. Desde ellos se divisan las líneas de trincheras alemanas y rusas, a veces las posiciones de nuestros cañones y, por lo común, la dirección general de las baterías enemigas.

Partiendo de Varsovia en automóvil, nos dirigimos al cuartel general de cierto ejército, donde reside el general en la morada de un noble polaco. Hermosas avenidas de árboles dan acceso a un jardín admirable con un pequeño lago. En la tranquila reclusión del viejo edificio, que data del siglo XVIII, vive el general X, que gobierna los destinos de tal vez 150,000 hombres. Fuimos recibidos cordialmente por el jefe de estado mayor, quien leyó con paciencia los doce documentos que constituyen mi colección, constantemente aumentada, de autorizaciones para ir y venir de un lado a otro en este frente. Después de un minucioso escrutinio, nos ofreció otro automóvil y partimos para las posiciones.

Una marcha de 28 kilómetros nos lleva al cuartel general del ..... cuerpo de ejército. Su comandante era un general de ínfima categoría al comenzar la guerra, pero sus talentos le han valido dos ascensos. Robusto y hombre de acción, vive sencillamente, ostentando todavía en su uniforme las hombreras de su categoría primitiva. Por orden suya, se nos conduce al puesto de una unidad de artillería, compuesta de varias baterías, todas las cuales se dirigen desde un punto de observación. De una especie de cueva, entre las ruinas de dos casas de labriegos, emergen tres o cuatro artilleros de aspecto fatigado. El país es llano con un pequeño ribazo al oeste de nosotros, que impide la vista sobre el valle en el

cual se encuentran las trincheras rusas y alemanas. Marchamos por un campo de trigo hacia el ribazo, distante unos mil metros. En el extremo del trigo hay una pequeña eminencia y detrás de ella una batería de cañones de campaña.

Se advierte que cada mes que transcurre aumenta la habilidad de los rusos en ocultar sus baterías. Hace pocos días, un taube alemán revoloteó varias veces sobre esta batería, y los oficiales que le vigilaban, entraron en sospechas, pensando que habían sido descubiertos. Al hacerse de noche, los artilleros retiraron los cañones, y cuando amaneció el nuevo día estaban en otra posición muy bien enmascarada. Poco después de salir el sol volvió el aeroplano, y cuando estuvo sobre la antigua posición hizo una señal a sus líneas, y emprendió el vuelo de regreso. Casi instantáneamente, una lluvia de granadas cayó sobre el lugar abandonado. Paseando por allí, me sorprendió la precisión del fuego de artillería a gran distancia, porque en un pequeño espacio, cuyo centro era la antigua batería, no había una superficie de 10 metros cuadrados sin el embudo de un proyectil, y todo el terreno estaba cubierto por fragmentos de acero y balines de shrapnel. Desde la nueva posición los artilleros reían a carcajadas. El enemigo había quedado chasqueado.

Dejando los cañones, cruzamos el campo de trigo hacia el ribazo, deslumbrándonos el rojizo resplandor del sol, próximo al ocaso. Entramos en la comunicación de la trinchera de observación, a la que se llega a través de un paso que cada vez se hace más profundo, hasta terminar, cortando el ribazo, en la trinchera observatorio, escavada en la ladera occidental. Los dos últimos centenares de metros que recorrimos antes de entrar en la comunicación enterrada, nos expusimos a las vistas de los artilleros alemanes, pero supusimos que a tan gran distancia no verían a unos pocos hombres aislados. Evidentemente, sin embargo, los observadores alemanes tenían sus ojos fijos en aquel lugar, porque apenas acabábamos de entrar en la trinchera una granada estalló delante de nosotros. En aquel momento miraba yo por el periscopio, y creí que la explosión había tenido lugar un kilómetro más allá. Un instante después, el melancólico silbido de otra granada se oyó sobre nuestras cabezas, y el proyectil estalló a mitad de distancia entre nosotros y nuestros automóviles. Vino enseguida otra, y luego otra, cada vez más cerca de nuestra trinchera. Con su triste silbido, la última pasó unos pocos pies por encima de nuestras cabezas y estalló detrás mismo, cubriéndonos en la trinchera con polvo y llenando nuestras narices con el humo de la pólvora. Al parecer, los alemanes se desanimaron, porque ya no supimos nada más de ellos.

## CRÓNICA MILITAR

I. La estrategia en la teoría y en la práctica.—II. La lucha en la selva de Argona.—III. Las operaciones preliminares en el Narev y su significación.—IV. Los recursos militares de Rusia.—V. La gran ofensiva contra Rusia.—VI. La situación el 23 de julio

### I.—La estrategia en la teoría y en la práctica

Los principios fundamentales de la estrategia son tan sencillos de comprender como difíciles de obser-

var; cuanto más ciertos, naturales y fáciles parecen, tanto más complejos son. Uno de ellos, sobre el que más he insistido porque caracteriza la esencia de los métodos alemanes: la simultaneidad de esfuerzos, y



la concentración de fuerzas en el punto decisivo, tomado en su más amplio sentido, ha sido el fundamento y la causa de las victorias obtenidas sobre los rusos y los franco-ingleses. Una aplicación tímida del mismo principio ha podido observarse en el campo francés, y su olvido completo en los cuarteles generales ruso e italiano.

¿Es, en realidad, fácil y está al alcance de cualquiera la observancia del principio repetido? Lo sería, en efecto, si el enemigo estuviera despojado de voluntad y no adoptara medidas de ninguna clase para alcanzar la victoria; en este supuesto, podrían agruparse las fuerzas sin temor ninguno, tomándose todo el tiempo necesario, y caer contra el punto elegido del adversario, sin prisas y sin riesgos. Al contrario de esto, el enemigo maniobra, procura ganar días y horas, y ha de contarse con que el golpe proyectado sea contestado por otro contragolpe, que muy bien puede anticiparse a la acción propia. El conocimiento exacto del terreno, de las vías y medios de comunicación y de la capacidad de los transportes, de la situación inicial de las fuerzas de los dos ejércitos y su composición, son los elementos que se utilizan para el planteamiento del problema; pero desde que éste cristaliza en una solución determinada, hasta que toma forma real, transcurren semanas y días, hay grandes dislocaciones y movimientos de tropas, y la situación de conjunto cambia por horas y expone a las más inesperadas contingencias.

Cada cuartel general sabe lo que se propone y los medios con que cuenta, pero no los del adversario ni la idea que éste trata de desarrollar; a la vez, los choques preliminares entre las fuerzas avanzadas acaso modifiquen el frente y su composición, y trasciendan sus consecuencias al resto de la línea; nuevas tropas pueden presentarse más allá del sector ocupado por el ejército propio; tal vez una fuerte masa enemiga caerá sobre algún cuerpo en movimiento; .....los motivos de perplejidad y vacilación asaltan el ánimo por centenares, el peso de la responsabilidad es abrumador, la carga que gravita sobre el alto mando es inmensa.

Para concretar más estas ideas, tomemos como ejemplo la campaña en el teatro austro-italiano. Si algún plan estaba indicado por las circunstancias, era el de los italianos, que tenían a su favor la ventaja inmensa de ser muy escasas las fuerzas austriacas que defendían la frontera; gozaban, por lo tanto, de una libertad e iniciativa, que han estado vedadas a todos los demás ejércitos, desde el alemán hasta el montenegrino. Se imponía llevar el movimiento principal al otro lado del Isonzo, con el flanco izquierdo protegido en la región de Tarvis, y cubrirse contra los ataques del enemigo en el Trentino y en los Alpes Cárnicos; estos ataques no parecían probables, dado el corto efectivo de los austriacos.

La campaña se inició con arreglo a este plan; sólo que el general Cadorna, queriendo acaso obtener todas las ventajas posibles de su extraordinaria superioridad de fuerzas, lanzó los batallones alpinos a lo largo de la extensísima divisoria montañosa, para ocupar todos los pasos y contener a tiempo un avance del enemigo sobre las llanuras del Véneto. La masa principal fué llevada al bajo Isonzo, fuertemente flanqueada por su izquierda, y otro cuerpo

importante invadió el Trentino, internándose en él con facilidad en los primeros días. El aspecto de la guerra no tardó en cambiar. Los austriacos retrocedieron metódicamente en el Isonzo, pero aparecieron en el Trentino columnas de socorro; el avance en esta provincia quedó detenido y surgió el peligro tan temido: una contraofensiva contra la línea de comunicaciones y la retaguardia del ejército principal. Simultáneamente, destacamentos austriacos coronaron las crestas montañosas; desde la frontera suiza a Montfalcone, la lucha se entabló en toda la línea. ¿Dónde se encontraba el grupo enemigo más importante, cuál era su fuerza, qué se proponía? Para averiguarlo, se reforzaron las diferentes columnas y destacamentos, se extremó la ofensiva, mas, como el terreno se presta a la defensa y a ocultar las tropas, a medida que crecía el vigor de los ataques italianos, aumentaba la resistencia de los austriacos; la situación, obscura desde los primeros días de junio, se entenebrecía por momentos, y mientras no se despejara era imprudente aventurarse a un golpe enérgico con la casi totalidad de las fuerzas, exponiéndose a un desastre; convenía tantear más al enemigo..... Así se han invertido dos largos meses.

Y, sin embargo, un gran general ni siquiera habría pensado en esos peligros y riesgos; porque la única manera de conjurarlos y evitarlos consistía en obrar desde luego, en arriesgarlo todo, por tenerse el convencimiento de que en la guerra quien parece arriesgarse más es en realidad quien expone menos; el que se preocupa con exceso de lo que le puede acontecer si es vencido, llama sin darse cuenta a las puertas de la derrota. Pero ¡qué energía, cuánta resolución, qué voluntad se necesita para abrazar con el corazón ligero un partido del que puede brotar la ruína de la patria! Aun sabiendo que esa resolución, esa despreocupación, es necesaria, son poquísimas las personas de bastante carácter para adoptarla; y como además ha de tenerse un conocimiento profundo de todos los elementos y factores que intervienen en las operaciones y una previsión extraordinaria, de aquí que sean tan escasos los buenos generales.

Por eso, cuando el lector queda impresionado por la aparente sencillez con que se ganan las victorias, debe meditar sobre la diferencia inmensa que existe entre la teoría y la práctica; el aconsejar, sin responsabilidad, está al alcance de cualquiera, mientras que el resolver y el ejecutar con acierto, teniendo la conciencia de que los errores costarán caro al país, sólo es dado a entendimientos y voluntades privilegiadas; por eso también, siendo tantos los generales que toman parte en esta guerra, son tan pocos los que se han distinguido; y por eso, finalmente, sobresale entre todos el ejército alemán, cuyo generalato está educado en los mismos principios y en una doctrina común única.

Las reglas de la estrategia explican tanto los éxitos como los fracasos, pero no bastan para llevar la guerra a feliz término. Por encima de ellas y ocupando el primer lugar en las causas de las victorias y de las derrotas, está el factor humano, que comprende desde el general al último soldado y deja sentir sus efectos de un modo decisivo tanto en las grandes operaciones como en las de detalle. Por esa intervención decisiva del factor-hombre la guerra es



un arte, arte el más difícil, porque ha de saber utilizar todas las ciencias y servirse de todos los recursos, morales, intelectuales y materiales, del país.

En resolución, la ética impone que al juzgar las operaciones militares se prodiguen más los aplausos que las censuras, aunque haya más ocasiones para esto último que para lo primero y a pesar de ser costumbre constante en todos los pueblos conducirse del modo contrario.

## II.—La lucha en la selva de Argona

En estas columnas se ha publicado un comunicado del gran cuartel general alemán relatando los métodos de combate que se emplean en el bosque de Argona y las dificultades extraordinarias que se oponen al avance de cualesquiera de los dos ejércitos. Desde entonces, esas dificultades han ido en aumento, porque la experiencia adquirida por los dos beligerantes les ha sugerido nuevos medios de contener al enemigo. Probablemente, es aquél el sector del teatro occidental donde las tropas llevan una existencia más ruda y donde las penalidades y emociones causan más bajas y deprimen más el espíritu.

Sin embargo, hace tres semanas que el ejército del príncipe imperial ha tomado la ofensiva en el bosque, obteniendo éxitos continuados, aunque de pequeña importancia absoluta. La fragosidad de la selva, que se creía impropia para las operaciones de fuerzas numerosas, fué la causa de que el año 1870 no se librarán encuentros de interés en el Argona, y de que en agosto de 1914 rehuyeran internarse en el bosque tanto los franceses como los alemanes. Muy pronto se vió, sin embargo, su extraordinaria importancia, tanto como preliminar para el ataque de Verdun, como para asegurar la línea de defensa del Aisne. Evacuada primero por los franceses y despreciada enseguida por los alemanes, la famosa selva fué más tarde objeto de la codicia de los dos, comenzando entonces, en septiembre, aquella lucha subterránea que continúa todavía y que sabe Dios cuándo terminará. En la actualidad, constituye uno de los puntos de apoyo más sólidos de los dos beligerantes, y el primero que sea expulsado de allí tendrá muchas probabilidades de que sea rota su línea, y con la ruptura llegue la derrota.

Los despachos alemanes no dan pormenores sobre estos combates. El número de prisioneros, que alcanza ya la cifra de 8.000, denota el alcance de los éxitos; 8.000 prisioneros en el bosque de Argona significan más que 20 o 30 mil en una batalla en campo abierto.

Hallándose cortado todo el bosque por trincheras, zapas, minas, talas, fogatas y alambradas, establecidos en los árboles puntos de observación y tiro, abundante la dotación de cañones revolver y morteros de trincheras, aparte de la artillería de campaña, y sitio, el ataque tiene que ser metódico y lento, y los prisioneros sólo pueden hacerse en el interior de las líneas de defensa. Muchas de ellas habrán debido de caer, pues, en manos de los alemanes, aunque bien pudiera ser que no pocos de los soldados capturados se rindieran espontáneamente al ser atacados o al perder la comunicación con las trincheras de la espalda, por la explosión de algún hornillo de mina. Normalmente, tres divisiones guarneceían el bosque,

pero las pérdidas en prisioneros es de suponer que habrán movido a los franceses a reforzar sus líneas, con menoscabo de la densidad de ocupación en otros puntos. Con esto, y con añadir que cada ataque necesita lentos preparativos y abundantes movimientos de tierra, es decir, que no deben esperarse progresos de kilómetros en profundidad, queda dicho lo que por ahora cabe adelantar sobre esos combates. Cuando más tarde se publiquen los relatos detallados, necesariamente habrá de sobrecogerse el ánimo ante la descripción de una lucha mil veces más dramática que la más grande batalla reñida entre dos poderosos ejércitos. En esa guerra oscura y sorda en que la masa es poco y mucho las cualidades individuales de los combatientes, es donde se ponen más de relieve la energía moral de la tropa y la resistencia física del soldado; si se diera crédito a lo que nos cuentan del ejército alemán algunas personas que lo desconocen en absoluto y forman su juicio por cuatro lugares comunes, la superioridad de los franceses sería indiscutible en la lucha en el Argona, por tener allí más importancia la iniciativa y el esfuerzo individuales que la acción colectiva del oficial; sin embargo, aunque ninguno de los dos ejércitos puede jactarse de haber obtenido un éxito definitivo, la lucha se ha desarrollado casi siempre favorablemente a los alemanes.

## III. — Las operaciones preliminares en el Narev y su significación

Ha vuelto a reanudarse la lucha en Polonia septentrional, Lituania y Curlandia. En el vasto frente del Narev y el Niemen, los alemanes han obtenido ventajas parciales y ocupado algunos puntos por cuya posesión se estaba luchando hace meses. Claro es que ha mejorado el frente alemán, sin haber llegado empero a ocupar una posición que pese decisivamente sobre la suerte de las futuras operaciones en grande escala. La situación general ha cambiado poco, y los éxitos alemanes de detalle no pueden tomarse como base para presagiar lo que va a acontecer, pero ha de verse en ellos algo digno de fijar la atención.

Desde la campaña de febrero, se han estacionado en la línea del Narev fuerzas alemanas que, si insuficientes para romper la cortina de plazas fuertes y despejar de enemigos las avenidas de Novo Georgievsk, son muy bastantes para contener a los rusos y aprovecharse de cualquier descuido que éstos cometan. Al S. de Niemen, en la región de Maryampol, acontece lo mismo. Puede decirse, por consiguiente, que los ejércitos alemanes entre el Vístula y el Niemen son fuerzas de observación, prontas a caer sobre el adversario si éste se debilita o se confía demasiado, y al mismo tiempo sirven como imán que atrae y fija a contingentes considerables rusos, privándoles de trasladarse a otra parte. Como los rusos tienen mucho que perder en este frente, toda vez que el hundimiento de la línea de plazas fuertes tendría consecuencias incalculables, y poco o nada que temer los alemanes, no es aventurado suponer que los efectivos de los moskovitas son superiores a los de sus adversarios, de donde se infiere el acierto del gran cuartel general alemán al cubrir el Narev en la forma como lo ha hecho.



La actividad alemana en Curlandia y sus resueltos ataques en el Dubissa, fueron seguidos inmediatamente de avances al S. O. de Kovno, lo cual parece denotar que los rusos sacaron fuerzas de este sector para llevarlas al punto amenazado. De un modo análogo, la presencia de los austro-alemanes entre el Bug y el Vístula, que dió lugar a la formación de un nuevo ejército ruso, a base de los cuerpos de ejército del Cáucaso, y la contraofensiva intentada y fracasada contra el archiduque José Fernando, han repercutido al N. del Vístula, en la región de Przasznisz hasta Ossowiecz, donde reinaba la calma hacía mucho tiempo. ¿Acaso los rusos han quitado tropas de allí para enviarlas a Lublin y Cholm? Muy bien pudiera ser así; porque el avance alemán, debido a la ruptura del equilibrio a que se había llegado, no es probable que obedezca a la llegada de nuevas tropas, que, en todo caso, no es al N. del Vístula a donde se habrían dirigido.

No hay otros indicios de más fuste que los expuestos para formar juicio de la situación en que se encuentra el ejército ruso; pero ellos y otros indican que, si el alto mando se preocupa por fin de los puntos importantes, en lugar de repartir su atención en todo el frente, y sea dicho en honor suyo, no está muy sobrada de fuerzas Rusia y necesita echar mano de las ya empeñadas ante el enemigo para parar los nuevos golpes que se aproximan.

Muchos millones de hombres tiene a su disposición, pero ni son soldados, ni hay oficiales en número bastante, ni se cuenta con el material de guerra indispensable para organizar nuevos ejércitos. Esta es la consecuencia que parece deducirse de los combates al N. de Krasnik y de los más recientes de la línea del Narev y el Bobr.

#### IV.—Los recursos militares de Rusia

Desde antes de la reconquista de Przemyśl por los austro-alemanes, el gran cuartel general ruso se preocupó de situar un poderoso ejército entre el Vístula y el Bug, que descartara el peligro de un ataque en este sector y pusiera término al victorioso avance del enemigo contra las tropas de Galizia.

La composición de ese ejército, que se ha ido reforzando poco a poco, demuestra, sin necesidad de ulteriores explicaciones, que Rusia ha echado mano de todos sus recursos militares, y que necesitará largos meses para poner en campaña otros ejércitos dignos de este nombre. La base de su organización fué el tercer ejército del Cáucaso y el 15º cuerpo de ejército; tformaron a su lado los restos del ala derecha del ejército de Galizia; seis regimientos llegados de distintas capitales; la 13ª división siberiana; la 81ª de infantería; cuatro divisiones de caballería; una división asiática que hasta poco antes había estado combatiendo en Persia, cosacos a pie, y los cuerpos de guarda tronteras del Trans-Amur, que hasta ahora jamas se habian empleado como unidades organicas o tropas de primera línea en la guerra. En junto, esta masa excedía de 300,000 hombres (ahora casi se ha duplicado), pero carecía de unidad y solidez, y hasta de instrucción homogénea.

De consiguiente, Rusia ha lanzado contra los austro-alemanes las tropas de la Siberia Oriental, una fracción de las del Cáucaso, las apostadas en el

mar Negro, junto a Odessa, y cuerpos de régimen semi-civil. Cuando acude a estos extremos, no debe andar muy sobrada de fuerzas en Europa, y, sobre todo, la formación de masas abigarradas y de las procedencias más diversas, indica que ha agotado ya las grandes unidades orgánicas, fundamento esencial de los ejércitos de operaciones. Podrá reemplazar las bajas, pero le será muy difícil o imposible restablecer la organización general, deshecha y medio destruída.

Su mejor defensa sería abandonar los territorios disputados y replegarse al interior, donde es invulnerable, pero los hechos proclaman que no adoptará esta solución sino impelida por la fuerza; entonces, acaso sea demasiado tarde para prolongar la guerra, porque abiertas las fronteras y dominados los caminos comerciales, la crisis económica impondría la paz, aunque no la demandase la situación militar.

#### V.—La gran ofensiva contra Rusia

Ha comenzado la gran ofensiva austro-alemana contra Rusia, la que puede poner término a la campaña en el teatro oriental y conducir a la rápida conclusión de la guerra en los otros frentes. Por los combates preliminares que hasta ahora han tenido lugar se advierte la grandiosidad de estas operaciones, que se desarrollan en una línea de un millar de kilómetros; jamás en la historia se han registrado campañas de tanta magnitud, ni en las que intervengan tantos millones de hombres (unos diez millones entre los tres ejércitos, ruso, alemán y austro-húngaro). Doce ejércitos aliados toman parte en las operaciones, contra no menor número de ejércitos rusos.

Publicándose estas crónicas algunos días después de ser escritas, y cambiando por momentos la situación, sería vano empeño—que confundiría al lector—empeñarse en deducir consecuencias de las operaciones cuando éstas se encuentran en pleno desarrollo; hay que esperar que la victoria se decida por uno de los dos bandos y que alemanes o rusos consigan sus principales objetivos, para emprender el estudio de conjunto y dar a cada detalle su verdadero valor. El examen diario de los acontecimientos no siempre dará luz, porque los objetivos no se revelarán hasta pasado algún tiempo; es muy probable que se despeje la campaña en lugares que apenas figuren en los partes oficiales. Considero de más utilidad para el lector resumir las condiciones en que se encuentran los dos beligerantes en el momento de entablar el duelo decisivo.

Desde febrero está declinando el poderío militar de Rusia; en Augustovo recibió el ejército ruso un golpe mortal, y quedó inutilizado para una ofensiva vigorosa. Mas tarde, en Galizia, han sido deshechas las mejoras tropas del imperio, y logrado por los alemanes el éxito estratégico de ocupar posiciones que amenazan de revés la línea del medio Vístula, y el no menos importante de poner fuera de combate a los millones de hombres que acaudillaba Ivanov. Ni siquiera la presencia de cuerpos asiáticos aún intactos ha permitido a los rusos emprender una ofensiva digna de este nombre: lo mismo los ataques en Sciniava, antes de la caída de Przemyśl, que los dirigidos recientemente contra el ar-



chiduque José Fernando, entre Lublín y Krasnik, fueron fugaces, momentáneos, sin persistencia. El ejército ruso ha perdido la fe en la ofensiva. En cambio, conserva una resistencia pasiva, si no tan grande como hace un año, considerable y que sería locura desconocer; en este concepto, es superior a los ejércitos de cualesquiera de sus aliados. Los soldados del czar se batirán bien, muy bien, pero ellos mismos y sus oficiales están convencidos de que las bayonetas alemanas son irresistibles; podría haberse borrado esta impresión, con sólo una operación afortunada, aunque sus efectos fueran puramente locales. No ha sido posible, porque el gran cuartel general prefirió ser fuerte en todos los puntos, a serlo en dos o tres, y repartió sus tropas a lo largo del frente, en lugar de concentrarlas en regiones determinadas; es la mejor manera de resultar débil en todas partes y quedar a merced de la voluntad del enemigo. He insistido muchas veces, desde noviembre de 1914, sobre este error fundamental del gran duque, para que sea necesario extenderme más sobre esta materia.

Si moralmente abren la campaña los rusos bajo auspicios desfavorables, materialmente tampoco es envidiable su situación. Pese a la gravedad del peligro que entraña para la Polonia y la Volinia la presencia de los alemanes en Curlandia, no han sido capaces los moskovitas de atajar los progresos de su adversario y rechazarlo hacia la frontera; al contrario, la invasión se ha ido extendiendo, se la ha apoyado por el S. del Niemen, ha sonado el nombre de Kovno, y quien dice Kovno dice Vilna. Se ha resignado el gran duque a jugar la partida final teniendo a todo su ejército a merced de una rápida maniobra del ala izquierda alemana, y esto resta libertad de maniobra a los ejércitos del Narev y del Vístula. La línea de plazas y fuertes del Bobr y Narev está amenazada en todos los puntos y puede ser rota cuando menos se espere; batido y en retirada el ejército que había al N. O. de Novo Georgievsk; amagada de frente Varsovia; perseguidos por los alemanes los cuerpos que se sostenían entre Radom e Ivangorod; rebasado el Vístula, y con dos o tres ejércitos austro-alemanes que lo mismo pueden apuntar a Varsovia, que a Brest-Litovski, que a la provincia de Volinia; y arrinconada y perdida para Rusia la que fué inmensa falange de Ivanov.

De esta suerte, si la victoria del ala izquierda alemana se tradujera en la pérdida de la cortina de fortalezas y la derrota en Polonia, el hundimiento del frente—entre Pultusk y Olita—conduciría a los mismos resultados, y el triunfo de la derecha alemana acabaría con la resistencia militar de Rusia. Una campaña que se inicia permitiendo que el enemigo envuelva las dos alas y amenace el frente, es una campaña estratégicamente perdida; si se pierde también en los campos de batalla, la guerra habrá terminado.

Nunca ha sido más aconsejada por las circunstancias la retirada general del ejército ruso y su reorganización en dos grupos: el principal en Curlandia y Vilna, para arrojar al enemigo a su territorio, y el otro en Volinia; se perdería la Polonia, pero la guerra podría continuar largo tiempo. Es tarde, sin embargo, para ejecutar esos movimientos de tropas, porque los alemanes avanzan en

todo el frente y han fijado a las fuerzas rusas. La iniciativa huyó en noviembre del campo ruso, y el gran duque desde entonces ha tenido que doblegarse bajo la voluntad del adversario y soportar derrota tras derrota.

Aunque los rusos lograsen la victoria en esta campaña, la guerra no se resolvería inmediatamente a su favor. Ocupan los austro-alemanes una posición excelente que, en conjunto, les libra de peligros, y son maestros en hábiles y rápidas retiradas, mientras que los rusos no están capacitados para sostener con tenacidad una persecución.

En resumen: el gran duque no puede prometerse ganar una victoria decisiva, ni terminar la guerra como consecuencia de esta campaña; su deseo ha de limitarse a resistir todo el tiempo que pueda y retirar sus tropas antes de que los alemanes las destruyan; lo cual se sintetiza diciendo que el único objetivo que abriga Rusia en los presentes momentos es prolongar la guerra; objetivo modesto, que probablemente ni en hipótesis admitió cuando tan gallardamente invadió la Prusia oriental y Galizia, en agosto y septiembre del año pasado!

Cuanto más tiempo transcurre, con más fulgor brilla la estrategia alemana. La claridad de concepción y de juicio del gran cuartel general alemán sobrepujan a las tan ponderadas del año 70. Dos ideas geniales resplandecen ahora en el frente alemán, y han roto las sombras que las velaban: la invasión de Curlandia y el objetivo estratégico de la campaña de Galizia.

¿Qué se proponen los alemanes enviando tropas al Dubissa y al Vidau? ¿No serían más útiles en otra parte? ¿No debían posponerse la ocupación de Libau y la adquisición de las cosechas de cereales y patatas de Curlandia, a objetivos de índole más militar y decisiva? Los alemanes respondían reforzando sus tropas en aquel sector y trocando lo que empezó como diversión en vasta maniobra estratégica; cuando otro ejército entró en línea en el sector de Maryampol, el nombre de Kovno acudió a todos los labios. La operación, sin embargo, tenía un alcance más vasto; fué menester que se rematara la campaña de Galizia para que se viera claro.

En Galizia, los rusos retrocedían sin acabar de ser destruidos, defendiéndose en posiciones perpendiculares al Dniester; se retiran, se decía, evacúan la Galizia, pero el enemigo no consigue derrotarlos. De pronto, cuando las vanguardias de Mackensen llegan al Bug, este ejército, precedido por el de José Fernando, conversa o gira hacia el N., cesa de perseguir a Ivanov, y, como el rayo de luz que ilumina las tinieblas, la idea estratégica se manifiesta al observador, maravillado. Por fin se comprendía que la ruptura del frente ruso en el Dunajec no tenía tanto a reconquistar la Galizia como a envolver el centro ruso, esto es, la Polonia.

La invasión de Curlandia y la campaña en Galizia han sido, por consiguiente, dos maniobras de envolvimiento, que se completan y han planteado las operaciones que ahora comienzan. Se marchaba hacia Riga y se apuntaba a las comunicaciones de Polonia y Lithuania con el N. de Rusia; se luchaba contra el ejército de Ivanov, y se pensaba en ocupar el boquete entre el Vístula y el Bug.

Y mientras las alas se movían con paso firme y



séguro, el centro se reforzaba y estrechaba de cerca la barrera de plazas fuertes desde Varsovia a Kovno.

Lo mismo la concepción que la ejecución de este plan merecen el dictado de grandiosos.

Colocados los alemanes en una situación muy ventajosa, el triunfo de su centro o de una de las alas les hará ganar la campaña. Si la victoria es del centro y una de las alas, o de las dos alas, el éxito será definitivo. Lo más notable del plan alemán, con todo, es la multiplicidad de objetivos que pueden intentarse.

El más elemental es la toma de Varsovia y la ocupación del resto de Polonia; después de logrados estos propósitos, las dos terceras partes del ejército podrían ser enviadas al teatro occidental; la ofensiva del ejército ruso, muy quebrantado, sería contenida fácilmente con pocas tropas. Además de Varsovia hay otros objetivos.

Uno de ellos es Kovno o Vilna y las comunicaciones del Narev y el Vístula; se ganaría la campaña en Polonia sin necesidad de reñir batallas encarnizadas. Otro consiste en Brest Litovski y todo el S. de Rusia, moviendo a aquellas provincias a un alzamiento. Un tercero se endereza contra la Besarabia, destruyendo totalmente los restos del ejército ruso de Galizia, y cerrando gran parte de los caminos del mar Negro, para arruinar rápidamente a Rusia. Pudiera ocuparse, también, Riga, dominar casi todo el litoral del Báltico y obligar a salir a la escuadra rusa para destruirla en una batalla naval; la paz sería inmediata. Tal vez la ruptura del frente y la toma de Biełostok. ¿A qué seguir? Los diversos objetivos se clasifican en dos grupos: el primero, de orden militar, se endereza a destruir el ejército ruso; el segundo, tal vez más decisivo, tiene por base el aislamiento de Rusia, su ruina comercial y económica y la agitación en el interior del país. No podrá decirse, en vista de esto, que los alemanes han perdido el tiempo. A pesar de tener más de millón y medio de hombres en el frente occidental, a los once meses de guerra han puesto a Rusia en la situación comprometida y vacilante en que hoy se halla; y téngase en cuenta que la prematura movilización y concentración de los ejércitos del czar sorprendió y desconcertó a los austro-alemanes y les puso en el caso de modificar el plan de campaña que con tan buenos auspicios comenzara.

Es probable que el gran cuartel general alemán, atento a los diversos objetivos, no se haya pronunciado aún por ninguno. Cuál sea el preferido, depende del desarrollo de las operaciones y del aspecto que vaya tomando la campaña. Esta vez, el centro y las alas se moverán enérgica y concertadamente, para llegar a un resultado decisivo y acabar con la resistencia del coloso moskovita. Todo induce a creer que la campaña finalizará antes de que entre el otoño, a menos que ocurran hechos que modifiquen la situación en los otros teatros, o que los rusos alcancen éxitos parciales de consideración.

En una ofensiva ejercida en un frente de 1,000 kilómetros es imposible la unidad de acción, y los impulsos del gran cuartel general no se reflejan con plena eficacia en el frente de batalla, por no existir medios de trasladar tropas de un punto a otro, ni de empeñar las reservas donde las circunstancias lo demanden. En estas operaciones colosales, los erro-

res de los jefes de ejército pueden tener enorme trascendencia y hacer abortar el plan de conjunto, aunque se alcance la victoria en algunos sectores. Pero aquí es, precisamente, donde más se pone de manifiesto una de las cualidades de que es el único poseedor el ejército alemán: la unidad de doctrina. El gran cuartel general sabe de antemano cómo se conducirán todos y cada uno de los generales; la influencia—tan marcada, a veces decisiva, en otros ejércitos—de la personalidad del que manda, se atenúa en el ejército alemán, porque todos los generales con mando independiente piensan lo mismo, en lo fundamental, y obran de la misma manera. El alma y el entendimiento del gran cuartel general están, así, vivos y presentes en los diferentes ejércitos, y se obtiene la unidad, no por la imposición de la orden de un cerebro único, sino por el concurso de varias inteligencias que prohijan los mismos principios; el plan y la orden inicial emanan de un centro único; al ponerse en movimiento la máquina, se esfuma el director y encarna en los diferentes comandantes.

En cuanto a las tropas, han derrotado demasiadas veces a los rusos para que se ponga en duda su cohesión y bravura. Dentro de los límites humanos, cada vez que los alemanes se han propuesto un fin táctico determinado, han llegado a él venciendo todo linaje de resistencias y obstáculos. Esto les da una superioridad moral inmensa; lo saben también los rusos, y están tan acostumbrados a la idea, que ni se avergüenzan de retroceder ante los alemanes, ni se atreven a exagerar los pequeños éxitos que de vez en cuando logran; muy otro es el caso con respecto a los austriacos.

En la ejecución de esta campaña, el alto mando alemán se preocupará, más aún que en los anteriores, de economizar sangre de sus soldados, porque les aguardan para después tareas muy rudas y fatigosas. Es de creer que se prescindirá en lo posible de ataques frontales, y que las persecuciones serán extremadamente violentas. Rusia es el adversario más formidable, pero los que quedan en los otros frentes no son de desdeñar; y han de conservarse energías bastantes para derramarlas en el O. y el S.

Según los partes oficiales alemanes, el ejército del mariscal von Bülow opera en el Niemen y Curlandia; a su derecha está el ejército de von Scholtz, y más al S. todavía el de von Gallvitz, que se mueve al N. O. de Novo Georgievsk. El ejército de von Voysch se encuentra al O. de Ivangorod y del Vístula, en la región de Radom. No se ha declarado el nombre del general que manda el ejército del Bzura y el Ravka, frente a Varsovia.

#### VI.—La situación el 23 de julio

En un ataque de una división naval italiana contra Ragusa, ha sido torpedeado y echado a pique el crucero acorazado *Giuseppe Garibaldi*, de 7.200 toneladas, armado con un cañón de 25 centímetros, dos de 20, catorce de 15 y cuatro tubos de lanzar.

Los italianos han concentrado una fuerte masa de tropas (cinco o seis cuerpos de ejército) en el Isonzo, y han comenzado a emprender ataques serios. Por ahora, la situación no ha cambiado, conservando los austriacos todas sus posiciones desde el Trentino al



mar; algunas reservas austriacas han intervenido felizmente en estos choques.

Tampoco hay nada que registrar en los Dardanelos. La actividad de los submarinos alemanes que han alejado de aquellas aguas a los barcos enemigos, y el vivo fuego de las baterías turcas de la costa asiática, dificultan las comunicaciones del ejército expedicionario y redundan en menoscabo de su acción ofensiva.

En el teatro occidental ha sido por fin contenido el avance de las tropas del príncipe imperial en el bosque de Argona. Este ejército ha redoblado su actividad al E. y N. de Verdun, y los franceses comienzan a creer que se trata ahora de veras de expugnar aquella importante plaza. En el resto del frente se libran, como siempre, pequeños combates, correspondiendo en casi todos ellos la iniciativa a los alemanes. Esta actitud ofensiva es acaso la mejor manera de hacer desistir al enemigo de cualquier idea de ataque general, a que les invita la acumulación de casi todas las tropas alemanas contra Rusia. Los partes franceses casi no se ocupan más que en hazañas y vuelos de sus aviadores.

Ante el cuadro que ofrecen las operaciones en Rusia, las campañas en los otros dos frentes no merecerían que se les dedicara ni siquiera cuatro palabras. Desde el Vindau al E. del Bug, los alemanes han avanzado en toda la línea, derrotando a los rusos, obligándoles a la retirada y haciéndoles muchos prisioneros y conquistando copioso botín. Los nombres de los pueblos que va ocupando el vencedor son substituídos al día siguiente por los de otros situados más al E., crece el número de prisioneros y se va quebrantando la solidez del frente ruso. Considero inútil detallar los éxitos obtenidos en estas primeras jornadas por Hindenburg y Mackensen, labor propia de la prensa diaria; es preferible esperar que se despeje más la situación. Lo que sí merece consignarse es que la presión alemana se ejerce con gran intensidad en el sector del Narev; que el avance en el S. E. parece extenderse al otro lado del Bug, y que en el Bzura hay relativa calma. Se comprende, según esto, la incertidumbre y perplejidad que hay en Rusia, y que a las claras reflejan los despachos de aquella procedencia. Atacando con la misma energía y resolución en las alas y en el centro, y siendo muchos los puntos por donde puede llegarles a los rusos la derrota definitiva, vacilan y no saben a dónde lanzar sus reservas, ni hacia qué zonas ordenar la retirada de las tropas si los éxitos alemanes continúan persistentes. Desde el punto de vista técnico, dejando a un lado simpatías y conveniencias, apenas que se regatee y aún se niegue el mérito excepcional de esta grandiosa concepción estratégica del alto mando alemán, superior, sin disputa, a todos los ejemplos que nos han legado los más grandes capitanes; jamás se ha dado un vuelo tan inmenso a la

estrategia. Si la ejecución corresponde al plan, esta campaña obscurecerá las más renombradas de los tiempos pasados. No es ningún deshonor para los generales rusos el no haber sabido encumbrarse a tanta altura; su culpa estriba en los errores anteriores, que han favorecido el planteamiento de situación tan extraordinaria.

El mayor empuje se está desarrollando en tres direcciones: desde Chavli, en poder de los alemanes, al N., hacia el N. E., en el frente del Narev, entre Ostrolenka y Novo Georgievsk; y entre el Bug y el Vístula. En esta última región, parece ya fuera de duda la entrada en línea del ejército de Böhm Er-molli. Los rusos se repliegan en toda la línea; donde el retroceso se ha acentuado más ha sido al E. del Vindau, en Curlandia; al O. de Novo-Georgievsk; y al O. del Vístula medio, delante de Ivangorod. Si los rusos han comprendido lo peligroso de su situación y se han decidido a salvar su ejército, mediante el sacrificio de una o varias plazas, deben obrar sin perder un minuto, antes de que la ruptura de su centro o el envolvimiento de una de las alas les corte las principales comunicaciones ferroviarias con el N. del Imperio; la tenaz resistencia que presentan a los ataques de Mackensen pudiera ser indicio del deseo de una retirada general. En Galizia, sólo quedan delante del Zlota Lipa y el Dniester la tercera parte de las fuerzas que inauguraron la campaña. Y mientras la suerte de Rusia pende de la batalla que se está desarrollando desde Sokal al Báltico, el ejército de Ivanov, acorralado en el último rincón de Galizia y contenido por fuerzas inferiores, está imposibilitado de tomar parte en la acción decisiva.

En esta fecha, el frente alemán comienza a 20 kilómetros al O. de Riga, a corta distancia del Báltico, sigue en dirección S., deja a Shavli (en poder de los alemanes) al O., continúa por la orilla izquierda del Dubissa, pasa al E. de Maryampol, se prolonga por el Bobr y el Narev hasta el alcance de la artillería de Novo-Georgievsk, atraviesa el Vístula, y desde Blonnie, a la vista de Varsovia, se dirige a la cabeza de puente de Ivangorod, terminando al S. de la línea de Lublin-Cholm y a unos 20 kilómetros de ella. En los duros combates librados y que han dado por resultado ganar los austro-alemanes tanto terreno, han caído prisioneros muchos millares de rusos. Estos, donde se defienden con más tenacidad es en el Narev y entre el Bug y el Vístula. Como las fortalezas que forman la barrera artificial entre el Niemen y el Vístula no han surgido de pronto, sino que su construcción data de muchos años, es de suponer que cuando los alemanes avanzan resueltamente contra ellas es porque esperan forzar el paso mediante la intervención de la artillería de gran calibre.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

24 julio 1915.